

El apostolado del cura José Gabriel del Rosario Brochero en las cartas del P. Bartolomé Ayrolo (1897)

“Encierra Brochero un corazón más grande que todo el departamento de que es digno cura”

RESUMEN

El presente artículo se publica en adhesión a la reciente canonización de San José Gabriel del Rosario Brochero, realizada por el papa Francisco, en la Basílica de San Pedro, el 16 de octubre pasado. El autor, en la primera parte, presenta la figura sacerdotal de Brochero, señalando en particular los rasgos de su personalidad, las condiciones del medio humano donde desarrolló su ministerio de párroco y las características de su apostolado, que despertó entusiasta admiración, tanto entre sus contemporáneos como en la actualidad. En la segunda, transcribe las cartas de un sacerdote diocesano de aquella época que visitó la parroquia de Villa del Tránsito; y cuya lectura permite contemplar a aquel santo párroco desplegando todos sus desvelos de buen pastor.

Palabras claves: Cura Brochero. Bartolomé Ayrolo. Ejercicios Espirituales. Canonización de Brochero. Promoción de Traslasierra. Villa del Tránsito.

The apostolate of the priest José Gabriel del Rosario Brochero in the letters of the P. Bartolomé Ayrolo (1897)

“Brochure Brochero a larger heart than all the department that is worthy cure”

ABSTRACT

This article is motivated by San José Gabriel del Rosario Brochero's recent canonization, hold by pope Francis at San Peter Basilica on October 16th 2015. In the first part the author presents Brochero as a priest, pointing the aspects of his character, the environment in which he developed his ministry and the characteristics of his apostolic

work, that fascinated people during his life and nowadays. The second part contains the letters of a secular priest who visited the parish Villa del Tránsito during Brochero's life. In this way we can contemplate the holy priest as the good shepherd.

Key words: Cura Brochero, Bartolomé Ayrolo. Spiritual Exercises. Brochero's canonization. Traslasierra promotion. Villa del Tránsito.

Introducción

A principios de enero de 1897 el joven sacerdote porteño Bartolomé Ayrolo visitó la zona cordobesa de "Traslasierra" con el propósito de aliviar una afección pulmonar que padecía, pues el médico le aconsejó respirar por un tiempo el reconfortante y sanador clima serrano. En tal oportunidad tuvo ocasión de conocer al "mentado" Cura Brochero y apreciar de cerca sus múltiples emprendimientos pastorales, quedando de inmediato prendado de su figura y de la grandeza de su corazón sacerdotal.

El P. Ayrolo nació en San Vicente, provincia de Buenos Aires, el 8 de diciembre de 1870. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario Conciliar "Regina Martyrum" de la Arquidiócesis de Buenos Aires; y en 1894 recibió el presbiterado, juntamente con monseñor Miguel de Andrea y otros sacerdotes destacados de la época. Su primer destino pastoral fue la Parroquia "Inmaculada Concepción" de Quilmes, en calidad de teniente cura. Desde el inicio de su ministerio demostró poseer ardoroso espíritu apostólico, comprometiéndose de modo especial en las cuestiones sociales del momento, preocupación que lo llevó a fundar el "Círculo de Obreros de Quilmes", a los pocos días que el P. Grote lo hiciera en la parroquia de "Ntra. Sra. de la Asunción" de Avellaneda.

Durante su estadía quilmeña Ayrolo realizó el mencionado viaje desde la estación ferroviaria de Retiro con destino a la ciudad de Córdoba, acompañado de un viejo conocido, Juan Viacava; y desde allí a Cruz del Eje, evitando de este modo llegar a Villa del Tránsito por el penoso camino de las "Altas Cumbres". Esta segunda parte del trayecto, la realizó en compañía del obispo de Córdoba, Reginaldo Toro, de la familia Zaldarriaga, que tenía parientes en Quilmes, y de Saturnino Allende. El tramo de Cruz del Eje a la población de Soto, punta de rie-

les por entonces, lo hicieron en “tren carreta”, encontrándose en la estación por casualidad (al parecer) con Brochero, quien enterado que para continuar el camino a Villa del Tránsito no dispondrían de medio alguno, les envió un atento mensaje, que los sacó del apuro: “no hay galera ni coche: les proporcionaré caballos: si quieren ir a caballo, bien y sino se queden”. No bien los dos viajeros llegaron a la Villa se convirtieron en huéspedes de aquel párroco serrano que los llenó de cumplidos, como buen anfitrión que era.

Por aquel tiempo Brochero llevaba veintiocho años al frente del curato, tiempo suficiente para que todos sus sueños pastorales alentados desde la juventud se encontraran prácticamente realizados y con reconocido éxito, tanto desde el punto de vista de la impronta evangelizadora como de la promoción humana, realidades para él inseparables. Todo se había plasmado gracias a la generosa entrega del pastor como a la permanente y eficaz colaboración de sus feligreses: la casa de ejercicios, el colegio de niñas, la catequesis, la renovación moral y religiosa de la extensa parroquia, el trazado de caminos, la construcción de sistemas de regadíos y capillas, las obras del nuevo templo parroquial, etc. Sin embargo, su última preocupación no se había plasmado aún y continuaba bregando por ella: conseguir del gobierno nacional la aprobación del ramal ferroviario entre Soto y Villa Dolores que vendría a garantizar el sostenido progreso de la amplia y postergada región de “Traslasierra”.

Por tanto, Ayrolo se encontró en presencia de un Brochero maduro, de voluntad férrea y convicciones acendradas, manteniendo intacto su incansable celo pastoral, custodio de la fe de sus parroquianos, fogueado en las adversidades y en el ejercicio extraordinario de la virtud, desprendido y generoso al extremo. Aunque disimulando, en cuanto podía, los achaques del cuerpo, deteriorado al paso de los años, sometido permanentemente a las duras condiciones de la vida serrana.

Un año después, en mayo de 1898, Brochero dejará con inmensa tristeza la parroquia de Villa del Tránsito al haber sido nominado canónigo de la Catedral del Córdoba. Si bien, en agosto de 1902, retornó a la misma al renunciar al oficio por considerarlo una dignidad eclesiástica que no se avenía con su personalidad. Decisión que expresó, mediante su peculiar y elocuente gracejo serrano, diciendo: “Estos

aperos no son para mi lomo, ni la mula para este corral”, aludiendo al hábito propio de los canónigos.

El presente artículo consta de dos partes. Una breve semblanza de la personalidad de Brochero y de su itinerario pastoral;¹ y el texto de las cartas que Ayrolo escribió a su párroco, Antonio Rossi, describiéndole minuciosamente las etapas del viaje, las maravillas de las sierras cordobesas y la estadía en Villa del Tránsito. Cartas que por su valor informativo fueron publicadas en el periódico parroquial de Quilmes, “La Estampa”, como más adelante se dirá.

El infatigable cura de las sierras

1. Desde temprana edad quiso ser sacerdote

El Cura Brochero, en el testamento que redactó en el año 1910, recuerda con afecto y agradecimiento sus orígenes familiares. Al respecto, escribe:

“José Gabriel Brochero..., vecino de esta Villa de Santa Rosa, Pedanía del mismo nombre, Departamento de Río 1°, Provincia y Obispado de Córdoba en la República Argentina, hijo legítimo de los finados Ignacio Brochero y Petrona Dávila, católico apostólico romano. Creyendo y esperando en cuanto cree y espera nuestra santa madre Iglesia, en cuya fe nací, he vivido y protesto morir, defendiéndola y enseñándola con mi palabra y ejemplo. Mi señor padre... había soportado tantos sacrificios morales y materiales por toda su familia, hasta llegar a exponer su vida para no dejarse saquear con cuarenta y cuatro gauchos que le salieron en el desierto, que había entonces entre Córdoba y Santa Fe, donde había llevado alguno de los productos que había elaborado ese año, a fin de alimentarnos, educarnos y darnos el ser social que gozamos”.²

Fue sacerdote diocesano y párroco por muchos años. Nació en el seno de una familia rural de posesión económica y social discreta, dedicada a las tareas de la agricultura y la cría de animales. Sus padres, Ignacio y Petrona, fueron personas profundamente cristianas, impreg-

1. Al respecto se han publicado varias obras. Véase al final del artículo la bibliografía correspondiente. Para trazar la mencionada semblanza nos hemos servido de las informaciones que brinda su correspondencia y sus principales biógrafos: Domingo Acevedo, Antonio Aznar, Efraín Bischoff y Pablo Paravano.

2. *El Cura Brochero. Cartas y sermones*, Buenos Aires 1999, 714-724.

nando el hogar de acentuada piedad y religiosidad. Y en ese clima de fe y confianza en la Providencia creció el niño José Gabriel. Cursó la escuela primaria en su pueblo natal, Santa Rosa del Río Primero, destacándose por su capacidad y su dedicación a las tareas escolares.

La figura sacerdotal del párroco del lugar, el presbítero Adolfo José Villafañe lo impresionó vivamente. Al punto que a fines del año 1855 le dijo a su madre: “Madre, yo quiero ser como el Señor Cura”. Nace así en aquel adolescente cordobés una profunda inclinación a la vocación sacerdotal, que el mismo se encarga de recordar en el pedido de solicitud para recibir, en el año 1862, la tonsura y las órdenes Menores:

“Ante Vuestra Señoría Ilustrísima con el debido respeto y como más haya lugar en derecho, parezco y digo que, habiéndome sentido desde mis más tiernos años inclinado al estado sacerdotal, he practicado medios conducentes a examinar mi vocación y adquirir, en cuanto lo permitan mis fuerzas, la idoneidad que para tan santo estado se requiere”.³

Ingresó al Seminario de Córdoba en el año 1856, cuando cumplió 16 años, en calidad de pensionista. Su conducta de seminarista fue siempre ejemplar de tal manera que le valió la confianza y la distinción de los superiores. Quienes lo conocieron atestiguan que era serio, aplicado al estudio y piadoso. Al punto que le encomendaron fuese bedel para acompañar a sus compañeros a la Universidad. A la vez, que lector y catequista en la Casa de Ejercicios de la Compañía de Jesús, cercana al Seminario, preparando a la gente sencilla para la comunión eucarística, dando claras muestras de celo pastoral. En todos los exámenes aparece con la calificación “plenamente aprobado”.

Al finalizar los estudios eclesiásticos sufrió una fuerte crisis vocacional. Comenzó a dudar de abrazar el sacerdocio por considerarlo una dignidad muy elevada para él, fruto de un acentuado sentimiento de humildad. Para tomar una decisión consciente, aconsejado por el jesuita José María Bustamante, resolvió realizar los Ejercicios de San Ignacio. La plática de las “Dos banderas” impresionó profundamente su espíritu generoso; y decide consagrar su vida al seguimiento total de Cristo. En el mes de mayo de 1866, tras haber terminado el curso de teología y derecho canónico, escribe al Obispo:

3. *Ibid*, 103.

“He examinado nuevamente mi vocación y pensamiento firme en el propósito de consagrarme al servicio de Dios nuestro Señor y de su santa Iglesia, por medio de las órdenes mayores hasta el presbiterado, si Vuestra Señoría Ilustrísima se digna acogerme con benignidad y contarme en el número de los ministros sagrados, deseo dar principio a la recepción de dichas órdenes en el tiempo y forma que Vuestra Señoría Ilustrísima tuviere a bien disponer”.⁴

En esta circunstancia reconoce su origen uno de los aspectos fundamentales de su posterior actividad apostólica. Difundir entre el pueblo fiel, especialmente entre los habitantes del campo y la gente sencilla, la práctica de los ejercicios ignacianos. Años más tarde para cumplir con este propósito de los años juveniles, emprende con todas sus energías la construcción de una gran casa para que los habitantes de las sierras pudieran contar con un lugar adecuado y cercano para la práctica de los ejercicios espirituales.

2. Párroco de Traslasierra

Con el paso de los años, en 1869, fue nombrado párroco del Curato de San Alberto: parroquia inmensa en la zona de “Traslasierra”, que reunía en su jurisdicción unos 7.000 habitantes, con una extensión aproximada de 120 kms. de norte a sur; y de 100 kms. de este a oeste. Los límites, al norte la población de Soto; y al sur, Villa Dolores. Al este, las Sierras Grandes, con 2.300 metros de altura en la Pampa de Achala, con el valle regado por el río Panaholma. Al oeste, los extensos llanos de La Rioja.

Las características fundamentales de la parroquia eran: dificultades propias de la zona serrana (aislamiento), grandes distancias entre Villa y Villa, pésimos caminos, transitados sólo a lomo de mula, población sumamente dispersa. Y una feligresía sumida por lo general en la pobreza material con acentuadas carencias religiosas y morales. Además el enorme curato se encontraba aislado y casi incomunicado con la ciudad de Córdoba. No se contaba ni con telégrafo, ni teléfono, ni correo directo, ni caminos adecuados, de modo que las noticias llegaban con varios días y a veces con semanas de retraso.

4. *Ibid*, 104.

Con el correr de los meses el nuevo párroco fue cambiando completamente la fisonomía religiosa y moral del curato. ¿Qué medios utilizó? Evangelización intensa: catequesis, ejercicios espirituales, sacramentos; y promoción humana: educación y “civilización” (llevar el progreso al Curato de San Alberto).

Se puede decir que en su tiempo el Cura Brochero fue uno de los hombres más populares y más conocido en Córdoba, provincias vecinas y en buena parte del país. Él tenía acceso tanto al despacho del Presidente de la República (Juárez Celman), como el del gobernador de Córdoba (Ramón J. Cárcano), o a la casa de varios diputados, como también al rancho de la familia más pobre y humilde de la región serrana.

Su figura sacerdotal llegó a los lugares más distantes y de difícil acceso de su parroquia. Se preocupó por la suerte de todos, incluso de los bandidos que aterrorizaban a la gente de campo y hasta las mismas fuerzas del orden público, como Santos Guayaba, el “Seco”, el “Sapito” y otros. Esta popularidad motivó que la misma Villa del Tránsito, lugar donde habitó por largos años, perdiera su auténtico nombre para ser llamada Villa Cura Brochero.

3. Características de su apostolado

Su apostolado sacerdotal posee dos características fundamentales. Profundamente religioso: dispensador de la gracia divina. Brochero vive próximo al altar, sobre el púlpito, en el confesionario, junto a la cabecera de los enfermos, enseñando el catecismo, organizando las tandas de ejercicios espirituales. Y encarnado en la realidad social de su feligresía: sus días transcurren entre los hombres y mujeres de su extensa parroquia, conoce sus carencias y aflicciones, habla su lengua, colabora en la solución de sus problemas, incluso de orden material, promueve sus aspiraciones, trabaja por introducir los progresos técnicos destinados a mejorar sus condiciones de vida.⁵

Esta vida apostólica “encarnada” en aquel medio humano era

5. *Iudicium prioris Theologi Censoris super scriptis Servo Dei Iosepho Gabrieli Brochero tributis*, Roma, 1976, 3-7; PABLO PARAVANO, *Breve relación de la vida y obras de Brochero*, Córdoba, 1972, 24-27.

ciertamente difícil. Porque como lo señala Antonio Aznar estar con los hombres y mujeres de Traslasierra, vivir como ellos, y no convertirse en uno de ellos, es decir, no perder su identidad sacerdotal, es un auténtico milagro de la gracia. La influencia psíquica inconsciente es una ley psicológica inflexible. La masa termina por arrastrar o envolver al individuo. Cosa que nunca ocurrió en la vida de Brochero.⁶

Su trabajo apostólico fue un milagro de este género: encarnado, pero no devorado por el medio humano. Vivía encarnado en la vida de sus parroquianos. Hablaba su misma lengua, con las mismas palabras, giros, dichos, comparaciones (“gracejo brochero”). Y consiguió con buen éxito transformar la región bajo su cuidado pastoral –fría e indiferente– en una región profundamente cristiana. Al respecto como bien dice un evocador de su existencia, el Pablo Paravano:

“Brochero hablaba de penitencia y empuñaba la disciplina, o se privaba de alimento en riguroso ayuno, o de fumar para convencer a otros. Hablaba de caridad y la ejercía hasta el punto de poderse sospechar con fundamento que la lepra la contrajo en sus visitas a un leproso y a una leprosa, que para darles ánimo y quitar importancia a la dolencia tomaba mate con la misma bombilla que usaban los enfermos. Hablaba de limosna y él lo daba todo, sin cuidarse de sí, de tal manera, que si no hubiera sido por sus parientes y amigos, que se preocupaban de que anda le faltara, hubiera carecido de lo más indispensable. Hablaba de oración y él era asiduo a su práctica. Siempre llevaba consigo el Evangelio, el breviario y el rosario, que desgranaba en sus viajes”.⁷

4. Hombre de Dios

Brochero es el tipo de sacerdote auténticamente “liberador”, sin ninguna suerte de demagogia, ni recursos ideológicos de carácter político sociales. Él intenta convertir los corazones; y con su conversión desarrollar la virtud de la caridad en su aspecto de generosidad, de servicio. Para cumplir con este propósito emprende su gigantesca empresa o proyecto pastoral, que supone: recorrer a lomo de mula inmensas distancias; pedir limosnas para construir la casa de ejercicios, la iglesia, la escuela y varias capillas; abrir nuevas vías de comunicación (camino, ferrocarril);

6. *El Cura Brochero en su apostolado sacerdotal*, Buenos Aires, 1950, 54-65.

7. *Breve relación*, 15-16.

organizar la construcción de puentes para poder transitar con carros y coches tirados por caballos o mulas; proyectar obras de regadío, etc.

En sentido cabal Brochero fue un verdadero promotor del bien espiritual y material de su feligresía. Al respecto, Edmundo Rodríguez Álvarez, vicario general de la arquidiócesis de Córdoba, quien fue párroco del curato de Brochero, entre 1924-1928, dejó expresa constancia de ello al prestar declaración al momento de iniciarse el proceso de canonización:

“Afirma rotundamente el testigo que el Siervo de Dios se preocupó de la promoción social de la zona: caminos, escuelas y enseñanza. De hecho él mismo planeó el camino, que es el de Soto, pasando cerca de Brochero, para rodados; había antes caminos de cabalgadura. En pidió a la Nación y no sabe si a la Provincia este camino, que estaba presupuestado en 60.000 pesos de entonces, más o menos; le dijeron que no tenían. Él les dijo: “Si yo se los hago, ¿me ponen mensajería dos veces por semana?”. Y el Gobierno accedió. Y entonces él se puso a hacer el camino con la ayuda de sus feligreses. El Colegio de las Hermanas también es obra de él; el regadío también se dio maña y lo llevó a la práctica. Combatió mucho en la construcción del ferrocarril a Villa Dolores, de indudable importancia para la zona; pero finalmente no lo consiguió. Trabajó por implantar el Reino de Dios. Visitaba todos los centros poblados de su parroquia. Estaban primero las capillas –una sola queda en pie, la de Panaholma-, también las casas de sus feligreses y andaba por todos lados, aún por los llanos de La Rioja, San Juan y San Luis”.⁸

No contamos con ningún escrito íntimo de Brochero que pueda reflejar directamente su personalidad espiritual. No obstante, se puede tener por cierto que, dentro de la sencillez de su vida, alcanzó a encarnar un ideal sacerdotal signado por la “santidad heroica”. Al respecto, un contemporáneo suyo, escribe en el diario “El Progreso” de Córdoba el 12 de junio de 1877:

“El Señor Brochero es el modelo de los curas de campaña, por sus virtudes ejemplares y por su noble desprendimiento y generosidad para trabajar en el cumplimiento de su ministerio, empleando todos los recursos en la fundación de escuelas y en obras de beneficencia de toda clase. Su celo y la virtud evangélica hacen que la enseñanza religiosa se difunda en las masas y que el vicio y la corrupción sean combatidos por la palabra y el ejemplo del verdadero sacerdote de Jesucristo como es el Señor Brochero”.⁹

8. *Informatio Super Dubio Beatificationis et Canonizationis Servi Dei...*, Roma, 1974, 143.

9. E. U. BISCHOFF, *El Cura Brochero. Un obrero de Dios*, Córdoba, 1953, 95.

Vale decir, sacerdote modelo por su virtud, especialmente por su desapego de las cosas materiales y por su generosidad. Dispuesto a ofrecer todos sus recursos económicos para la fundación de escuelas y obras de beneficencia. Además, su celo apostólico y la enseñanza del catecismo hicieron desaparecer de su parroquia la corrupción y el vicio, implantando con solidez la vida cristiana en Traslasierra. La fuente de este agotador dinamismo pastoral fue el amor al Sagrado Corazón de Jesús. Repetía: “Yo creo como ustedes que el Sagrado Corazón me ha de pagar los sacrificios que hice en esta región serrana; y los demás que he sembrado por las provincias, según han sido mis intenciones”.¹⁰

Brochero no era un afebrado de la acción. Trabaja bajo el influjo del Sagrado Corazón, y por un fin sobrenatural. En su testamento declara ser: “católico, apostólico, romano, creyendo y esperando cuanto cree y espera nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe nací, he vivido y protesto morir defendiéndola y enseñándola con mi palabra y ejemplo”.¹¹ En la raíz de este dinamismo apostólico encontramos un propósito clave: la enseñanza y la defensa de la fe cristiana, amada con verdadera pasión. De este propósito nace toda su disponibilidad pastoral: “cuantas veces quieran –decía– estoy para todos, siempre que haya algo que arreglar”. Este propósito lo lleva siempre a estar pronto para afrontar cualquier sacrificio que redunde en beneficio de los otros.

5. La Casa de Ejercicios de Villa del Tránsito

La construcción de la Casa de Ejercicios, el corazón de la obra pastoral de Brochero, se inició el 16 de agosto de 1875, y fue inaugurada en agosto de 1877 con la primera tanda de ejercitantes. Junto a ella también hizo un colegio para niñas y luego otro para varones. Hasta que pudo contar con la Casa de Ejercicios en el mismo curato, Brochero acompañó por varios años a muchos de sus feligreses a Córdoba, varones y mujeres, cruzando en invierno las altas sierras, para que

10. *El Cura Brochero. Cartas y sermones*, 239.

11. *Ibid.*, 714.

en la casa de la Compañía de Jesús pudieran recibir los beneficios de los ejercicios ignacianos, fuente permanente de renovación religiosa y moral para las familias de Traslasierra.

El jesuita José María Bustamante, estrecho colaborador de Brochero en este sentido, se encargó de poner de manifiesto el significado de aquella trascendente iniciativa, en carta del 24 de julio de 1881:

“Pero el Señor Brochero que sabe por experiencia cuán grande es la eficacia de los Santos Ejercicios para comunicar la verdadera luz del cielo a las inteligencias y hacer que la gracia triunfe en los corazones más rebeldes, no vaciló un instante en adoptar esta arma poderosa para la santificación de los encomendados a su cuidado. Para un hombre como el Señor Brochero, sacerdote celosísimo que deseaba ver a todos sus feligreses santificados por medios de los Ejercicios, este era un motivo de aflicción profunda y no pudiendo soportarlo por más tiempo, emprende la construcción de una Casa de Ejercicios en su propio Curato. Si semejante empresa hubiera sido acometida unos cuantos años antes, cuando todavía no se habían experimentado los saludables efectos de los Santo Ejercicios, habría sido, humanamente hablando, una temeridad. Aún entonces se creyó por muchos ser imposible.

Pero Dios, que es rico en misericordia y bendice las empresas de los que en él confían, puso tanta gracia en los labios del Señor Brochero para mover los corazones que, en pocos meses, se vio levantando un edificio muy superior a lo que antes se había imaginado. Él pensaba construirlo de un solo patio, pero viendo que las limosnas, que son los únicos recursos, abundaban, añadió otro con un comedor de sesenta varas de largo, y todo de cal y ladrillo. Una parte de la madera fue arrastrada por caballos de 13 o 14 leguas, teniendo que subir una escarpada cuesta, que sólo acomodarla costó grandes trabajos. ¿Todo esto hubiera sido posible sin un grande entusiasmo por los Santos Ejercicios? Pero las miras del Señor Brochero se extendieron más allá.

Mucho era ver levantada una casa de 64 varas de fondo por 132 de frente, con sus grandes patios, corredores anchos y espaciosos aposentos, sin contar el comedor y otras varias oficinas [...], para dar los Ejercicios en un lugar casi despoblado, pues la Villa apenas cuenta con una docena de casa regulares y algunas de éstas más bien podrían llamarse chozas. Más esto no era bastante, y el temor, por otra parte, que un día pudiese verse abandonada, le hizo surgir la idea de levantar un edificio para Colegio de Niñas que estuviese a cargo de una congregación religiosa, la cual tuviese por objeto, no sólo la enseñanza sino también atender Casas de Ejercicios.

Al proyecto siguió después la realización, y a la fecha, la Villa del Tránsito, ostenta otro grande edificio, contiguo a la Casa de Ejercicios, de 45 varas de frente por ciento de fondo. Este edificio contiene un buen claustro para las religiosas, además, de un departamento con su gran patio, rodeados de hermosos corredores para niñas internas. Hay también otro departamento pequeño

con su patio y escuelas necesarias para niñas externas. Contiguo al patio de las niñas internas existe una espaciosa quinta... Se ha construido también una casa para los sacerdotes que vayan a dar los Santos Ejercicios, en lugar separado calle por medio con la Casa de Ejercicios".¹²

6. Humilde y pobre

Sobre la humildad de Brochero conocemos dos circunstancias de su vida que la ponen particularmente de manifiesto. En el año 1898, en vistas a sus méritos pastorales y a la estatura de su figura sacerdotal, fue nombrado, contra su voluntad, canónigo de la Catedral de Córdoba. Parte con tristeza y bajo obediencia. Al tiempo renuncia para retornar nuevamente a su parroquia serrana. Y al sacarse la muceta (hábito de los canónigos) dijo: "Este apero no es para mí lomo. Ni la mula es para este corral". A su vez, en 1886, el diario "La Estampa Católica" lanzó una campaña para promover al Cura Brochero al episcopado de Córdoba. Enseguida que lo supo, envió el siguiente telegrama al director del periódico: "Agradezco voluntad tuya, no felicitación. Es deshonor para Córdoba figura Brochero en la terna. Soy idiota, sin tino, sin virtudes. Influye no aparezca en terna".¹³ Este era el concepto que tenía de sí mismo: idiota, sin capacidad y sin virtud. En este sentido, Brochero aparece siempre sincero y rectísimo. Sufrirá mucho frente a las injusticias contra su persona y sus obras. En algunas ocasiones declara ser víctima de incomprensiones y desconfianzas, pero al momento ofrecerá el generoso perdón.

Otra característica de su vida fue la pobreza, el desapego y la generosidad. Brochero provenía de una familia modesta, sencilla, campesina, sin grandes recursos. Como sacerdote poseyó algunos bienes y ahorros en efectivo: un rodeo de vacas y cabras, algunos caballos y mulas, algún lote de siembra, donaciones de dinero en agradecimiento, etc. Pero las ganancias las empleaba exclusivamente al servicio de su parroquia: abrir caminos, hacer puentes, construir la iglesia y la casa de ejercicios, fomentar el riego, socorrer a los pobres y necesitados.

12. D. J. ACEVEDO, *El Cura Brochero. 50 años después de su obra en San Alberto, Córdoba*, 1928, 74, 79-80.

13. BISCHOFF, 154.

La vestimenta era pobre: sotana, sombrero y poncho. La sotana por momentos muy gastada y con abundantes zurcidos. Y en sus alforjas, un poco de pan, el evangelio, el breviario, los óleos y los elementos para celebrar la misa; algo de tabaco y papel para fumar; y en tiempos de mucho frío algún poco de caña.

El alma sacerdotal de Brochero, como infatigable vida de servicio, se pone particularmente de manifiesto en la carta que dirigió a su obispo, Reginaldo Toro, el 19 de octubre de 1889, proponiéndole la renuncia a la parroquia del Tránsito en razón de los achaques de salud que ya sufría a consecuencia del incesante trajín pastoral que llevaba, desplazándose largas distancias a lomo de mula con los peligros que conllevaban aquellos fatigosos viajes por serranías y llanos. Estas son sus conmovedoras palabras:

“Ilustrísimo Señor: Yo bien comprendo que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta el último día de la vida, batallando con los enemigos del alma, como leones que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa.

Pero el miedo que me ha infundido el caballo, a causa de 115 rodadas que he dado hasta la fecha, como 50 antes de ordenarme, y el deseo que tengo que el Curato adelante más y más en lo moral y material, me ponen en la dura, penosa y triste necesidad de abandonar este curato que tanto estimo, por haber gastado en él la primavera y otoño de mi sacerdocio, como que el 5 del entrante mes se cumplen 20 años.

Ilustrísimo Señor, para mí es muy penoso y doloroso el tener que dejar a unos feligreses tan amorosos, tan progresistas y tan generosos que me han soportado, en primer lugar, 20 años sin quejarse jamás. Que no ha habido, en segundo lugar, obra pública que haya iniciado, aunque éste fuera en departamentos extraños, que no me hayan ayudado con sus intereses y personas. Que han atendido, en tercer lugar, a mis necesidades materiales pagándome pronta y religiosamente los derechos.

Ilustrísimo Señor; si me hace reemplazar con cualquier sacerdote joven, serán prontamente atendidos los enfermos, se harán en breve los templos que se precisan en Panaolma y Ambul y se harán dos cementerios que faltan. Pero al contrario sucederá si yo permanezco a la cabeza del Curato, a causa del temor de que los caballos rueden una vez que estoy sobre ellos. En vista de la razón¹⁴ expuesta, pido a Su Ilustrísima me exonere del cargo de Cura del Tránsito”.

El mismo Brochero, ya anciano y enfermo, nueve años antes de

14. *El Cura Brochero. Cartas y Sermones*, 253-254.

morir, sintetiza los alcances de su obra pastoral, siempre bregando por el bien de sus feligreses, en carta al vicepresidente de la República, José Figueroa Alcorta, en agosto de 1905, solicitando los beneficios del ferrocarril a Villa Dolores:

“Aun cuando no soy nadie ni sepa nada, ni pueda expresarme en forma elegante, conozco palmo a palmo el terrero en cuestión, y más que cualquier literato conozco las sierras de Córdoba, pues en ella he pasado los mejores años de mi vida. Allí he levantado templos, escuelas y un colegio dotado del personal docente y demás enseres a la altura del siglo XX. He hecho también sesenta caminos vecinales y un camino carretero de doscientos kilómetros que une Soto con Dolores, luchando en todas estas obras con millones de dificultades que ahora son las que pretendo eliminar con este ramal”.¹⁵

7. La entrega a los pobres y la suprema pobreza

El cuidado de los pobres y desvalidos fue otra de sus preocupaciones constantes. Hasta los últimos años de su vida mantuvo viva esta exquisita caridad. En 1911, dispensado por razones de salud de la carga pastoral (el avance de la lepra), fue invitado por su hermana Aurora a vivir en su casa, en la misma Villa, en actualidad “Museo Cura Broche-ro”. Y él le responde:

“Para ir yo a tu casa, necesito dos cosas: que las Esclavas (la religiosas que atendían la Casa de Ejercicios y la Escuela de Niñas) me presten todos los elementos para decir misa en mi pieza; y adquirir unos cuantos pesos o que tú me ayudes con algunos para atender a las necesidades de los pobres que irán a pedirme que los surta”.¹⁶

Este hecho es una prueba evidente del heroísmo de la pobreza de este gran hombre. El padre Domingo Acevedo, su sucesor en la parroquia del Tránsito, al momento de despedir sus restos, hizo el mejor elogio de la pobreza brocheriana:

«Hoy han de llorar su muerte los atribulados y los pobre singularmente, porque en vida pudo decir como Jacob: “era el padre de los pobres”. A él acudían encontrando el pronto alivio de sus necesidades y penas. Es justo que lloréis

15. *Ibid*, 541.

16. *Ibid*, 731.

vosotros los pobres la pérdida de vuestro padre, y que vosotros que habéis visto sus virtudes imitéis su misericordia».¹⁷

Para él también llegó la hora de la suprema pobreza: la hora del abandono, al punto de poder decir como Jesús: “¿Padre porque me has abandonado?” Brochero poseía un temperamento atlético, extrovertido, dinámico, emprendedor. Siempre había trabajado para los demás. Hombre conocido, estimado, de fama, honrado, cuya influencia se había hecho sentir incluso en las esferas de gobierno, no obstante su rudeza. Pero en los últimos momentos de su vida se siente un hombre abandonado.

Y muere en dolorosa soledad ¿Por qué? No por causa de la maldad y del olvido humano, pues era muy querido por sus fieles y por aquellos a quienes había beneficiado. Si no a raíz de una grave enfermedad que el médico diagnosticó tempranamente como lepra y que contrajo en sus viajes apostólicos por la sierra. Muere víctima del celo por las almas. Cuando el obispo, monseñor Zenón Bustos, le solicitó la renuncia a la parroquia, en razón del avance de su enfermedad, Brochero responde inmediatamente, enviando la renuncia. He aquí un fragmento de la carta:

“En este instante recibo en Ambul, donde estoy cumpliendo alguno de mis deberes, la carta en la que dice: 1° que estoy retrayendo a mis feligreses de la recepción de los sacramentos, con mi verdadera o supuesta enfermedad, según la informaciones que le han llegado; 2° que entregue a [Domingo] Acevedo [vicario cooperador] el Curato y que siga viviendo en el Tránsito, conservando mi título de cura; 3° finalmente, que proponga a Acevedo que me dé la tercera parte de las entradas de él.

En contesto digo a mi obispo: 1° que le envíe la renuncia con esta misma fecha, haciendo un propio desde Ambul, para ganar tiempo; 2° que si es justo que Acevedo me dé la tercera parte de las entradas sería deber del obispo y no mío, hacer tal propuesta; 3° que si continuo en el Tránsito, estaría siempre espantando a mis feligreses con mi enfermedad.

Acabo la presente pidiendo a mi obispo excusa de todo lo desatento e incorrecto que haya en ella, porque la he escrito al correr de la pluma, a fin de no demorar la renuncia”.¹⁸

En esta carta se pueden poner de relieve tres puntos importan-

17. D. J. ACEVEDO, 404.

18. *El Cura Brochero. Cartas y Sermones*, 671-672.

tes: la renuncia inmediata, dando muestra de sincera obediencia, pues no recurre al correo, envía una persona con la carta de renuncia para ganar tiempo; escribe rápidamente, tanto que teme ser irrespetuoso o descortés con su obispo, y por esa razón se excusa de ante mano; y en cuanto a los ingresos económicos, cree que no es decoroso que él mismo proponga el arreglo a su vicario, tal propuesta corresponde al obispo más que a él. Reconociendo, a su vez, que su presencia en Villa del Tránsito puede ser un estorbo para los parroquianos del lugar en razón de suscitar reparos, miedos al contagio, psicosis, escándalo.

Desde ese momento la vida de Brochero transcurre en una pobreza extrema. Vive recluso en una habitación que le facilitó su hermana Aurora en su propia casa. Duerme en un catre, sobre una delgada colchoneta. Su hermana cuenta con escasos recursos para socorrerlo. Celebra diariamente la misa votiva de la Santísima Virgen María. Un amigo, Nicolás Castellano, le ofrece una ayuda económica de 131 pesos argentinos, y él no se resuelve a aceptarla. Tiene escrúpulos. Consulta a sus familiares, al vicario, a la superiora de las Esclavas, a otras personas. Todos le aconsejan que acepte la donación. Acepta el dinero y celebra una misa por su amigo.¹⁹

8. El ocaso

A medida que transcurre el tiempo los sufrimientos se intensifican, tanto los físicos como los morales. Respecto a éstos últimos, tiene que aceptar indiferencias, abandonos y cuestionamientos sobre las obras realizadas. Brochero recuerda estas amarguras en carta a una persona de su confianza: “Ciertos amigos íntimos –escribe– me han dado con la espalda, por no decir con las patas”.²⁰

Paulatinamente pierde la vista, causa de intento sufrimiento para un hombre dinámico, que se desplazaba de un lugar para otro para poder llegar con su presencia ministerial a todos los que reclamaran su presencia. Pero él se encarga de dar las razones de tal prueba: “Yo estoy conforme con lo que Dios ha hecho conmigo relativamente a la

19. AZNAR, 196.

20. *El Cura Brochero. Cartas y Sermones*, 681.

vista y le doy muchas gracias por ello. Cuando yo pude servir a la humanidad, me conservó íntegros y robustos mis sentidos y potencias. Hoy que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo”.²¹ El Cura Brochero capta ciertamente el significado providencial de la pérdida de la fuerza física en la vejez. Y en ello ve la posibilidad de una unión más íntima con Dios.

No se puede comprender la hondura de esta prueba, la profundidad de este dolor y el heroísmo de su paciencia, si no se tiene en cuenta que era un hombre de contextura robusta, inquieto, que consideraba no poder estar impedido o enfermo en razón de las exigencias del ministerio pastoral. En el siguiente fragmento de una carta enviada a su amigo Juan Martín Yañiz, obispo de Santiago del Estero, el 28 de octubre de 1913, podemos percibir magníficamente su estado de ánimo:

“Recordarás que yo solía decir de mismo que iba a ser tan enérgico siempre, como el caballo chesche [caballo de pelaje blanco con manchas coloradas o rosadas] que se murió galopando; pero jamás tuve presente que Dios nuestro Señor es y era quien vivifica y mortifica, y a unos da las energías físicas y morales a otros las quita... Yo estoy ciego casi al remate, apenas distingo la luz del día y no puedo verme mis manos. A más estoy así sin tacto desde los codos hasta la punta de los dedos y desde las rodillas hasta los pies, y así otra persona tiene que vestirme o prenderme la ropa. La Misa la digo de memoria y es aquella de la Virgen cuyo Evangelio es: *Extollens quadam mulier de turba*”[Una mujer de la multitud exclamó, feliz el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron...]. Para partir la Hostia consagrada y para poner en medio del corporal la hijuela cuadrada, llamo al ayudante para que me indique que la forma la he tomado bien para que se parta por donde la he señalado y que la hijuela cuadrada esté en el centro del corporal para poderlo doblar. Me cuesta mucho hincarme y muchísimo más el levantarme... Ya vez el estado en que ha quedado el chesche, el enérgico y el brioso.

Pero es un grandísimo favor el que me ha hecho Dios nuestro Señor en desocuparme por completo de la vida activa y dejarme con la pasiva, quiero decir, que Dios me da la ocupación de buscar mi fin y de orar por los hombres pasados, por los presentes y por los que han de venir hasta el fin del mundo. No ha hecho así contigo Dios nuestro Señor que te ha cargado con el enorme peso de la mitra hasta que te saque de este mundo, porque te ha considerado más hombre que yo, por no decirte en tu cara que has sido y sos más virtuoso que yo. Me ha movido a escribirte tal cual ésta, porque tres veces he soñado que he

21. *Iudicium prioris Theologi Censoris*, 10.

estado en funciones religiosas junto contigo, y también porque el 4 del entrante enteramos 47 años a que nos eligió Dios para príncipes de su corte, de lo cual le doy siempre gracias a Dios, y no dejo ni dejaré aquellas cortitas oraciones que he hecho a Dios a fin de que nos veamos juntos en el grupo de los apóstoles en la metrópoli celestial”.²²

El Cura Brochero que con tantos sacrificios e incluso peligro de su salud y de su vida procuró que sus fieles estuvieran unidos a Jesús en la eucaristía, tuvo también la dicha de recibirlo en su última hora. Contaba 74 años de edad. Reconstruyamos el hecho. El 2 de febrero de 1908, al enterarse que padecía lepra y que el mal avanzaría, renunció definitivamente al curato de San Alberto Traslasierra. Se retiró a vivir en una piecita en la casa de su hermana Aurora. Allí leproso, ciegoito y pobre, y viviendo de caridad, pasó los últimos seis años de su vida. Entre rezos, desgranando rosarios y convirtiéndose en mártir de la caridad pastoral.

El Señor, en sus inescrutables designios, le agravó la prueba para su mérito y para nuestro ejemplo. La “miasis” (agusanamiento en la nariz) le ocasionó dolores indecibles en el cerebro. Tuvo que guardar cama; y por momentos el médico tuvo que aplicarle dosis de calmantes (morfina) para que pudiera soportar tales sufrimientos. En esas circunstancias lo encontró el padre Pío Angulo, discípulo suyo muy querido, quien había ido al departamento de Minas a realizar el traslado de su finado padre. Compadecido del estado de Brochero se quedó en El Tránsito unos días para acompañarlo, como buen hijo y hermano en el sacerdocio, hasta el último día. Encargándose de ir hasta Mina Clavero y traer al practicante Teófilo Meana, quien le aplicó unas inyecciones de alivio. Y como testigo ocular escribe:

“Que calmado el Señor Brochero de aquellos dolores agudísimos de cerebro, y clareado en su mente, rogó lo confesara y preparara para su cercana muerte. Ya dispuesto, recibió el santo Viático, estando sentado en la cama, de sotana y con las manos juntas al pecho. Sus súplicas a Jesucristo enternecían. Y me quedó grabado en mi espíritu aquella fe viva y tierna del Señor Brochero que, cegado en sus ojos de carne y teniendo en sus manos el Santo Cristo, parecía contemplarlo”.

Y al decirle el padre Angulo, ¿si se sentía aliviado en su corazón? Dio expansión a los afectos de su espíritu y repetía con gozo inusitado: “Ahora puestos

22. *El Cura Brochero. Cartas y Sermones*, 801-802.

los aperos, estoy ya listo para el viaje. Lo restante queda en la misericordia de Jesucristo. Sé que el demonio me tenía escrito unos recibos de deudas. Pero con esto Jesucristo le ha roto los papeles y nadie cobra de palabra”.²³

Luego pasaron tres días. Fue comulgando y rezando rosarios. Hasta que el 26 de enero de 1914 entregó su alma al Señor. Y aquel celo y buen pastor de Traslasierra conservó inquebrantable la fe en Jesucristo y en su presencia eucarística hasta el último momento, con la misma solidez de las serranías de su curato.

Sus restos fueron sepultados en la capilla de la Casa de Ejercicios, lugar predilecto de su alma sacerdotal. En 1969 fueron exhumados para efectuar reconocimiento médico del cadáver en orden a iniciar el proceso de beatificación. Por muchos años los restos permanecieron en el mismo lugar, cual preciosas reliquias, depositado en una urna. Y a principios de agosto de 1994, en el marco de la primera Jornada Nacional de Sacerdotes, fueron trasladados a la Iglesia Parroquial, contigua a la Casa de Ejercicios, donde reciben la veneración de los fieles y de todos los que admiran su extraordinaria obra pastoral.

9. Fragmento de su testamento

“Lego mi cuerpo a la tierra, de que fue formado, y mi alma a nuestro Señor Jesucristo, que la redimió con su preciosísima Sangre. Así lo declaro para que conste.

Que mi cuerpo, una vez convertido en cadáver, sea amortajado con lienzo, y que sea vestido de sacerdote con el alba que me hizo mi hermana Aurora, para que cantara la primera Misa, y con el ornamento que tengo en mi altar portátil. Así lo declaro para que conste.

Que mis albaceas me hagan hacer, con algún carpintero de esta Villa, un cajón sencillo, para que algo gane con esa obra, y colocado en él mi cadáver sea enterrado en el suelo en cualquier punto de la calle principal de la entrada al cementerio actual. Así lo declaro para que conste.

Que al día siguiente de mi muerte me hagan hacer con el Cura

23. AZNAR, 198.

un entierro mayor cantado con vigilia y Misa también cantada, y que den al cura ciento cincuenta peses por esos sufragios... Y que inviten al pueblo para que asista a los sufragios expresados, a fin de que pida a Dios misericordia por mi alma”.²⁴

JUAN GUILLERMO DURÁN
FACULTAD DE TEOLOGÍA-UCA
03.11.2016/01.03.2017

24. *El Cura Brochero. Cartas y Sermones*, 715.